Antonio Machado y los toros*

La conmemoración del 50 aniversario de la muerte de Antonio Machado ha traído consigo ediciones, homenajes, conferencias... No se ha tocado, en cambio, el tema de su relación con el mundo de los toros. Una vez más, es preciso insistir sobre la profunda conexión que existe entre la tauromaquia y la cultura.

La actitud de Antonio Machado ante lo taurino suele despacharse con un par de tópicos: como buen discípulo de la Institución Libre de Enseñanza —se dice— se muestra contrario a la fiesta, por considerarla mala para la educación moral del pueblo español. Y se añade: en esto se separa radicalmente de su hermano Manuel, entusiasta cantor de la fiesta brava. (Esta contraposición ya debería resultarnos sospechosa).

No resulta difícil matizar un poco estos tópicos: en el terreno biográfico, en sus primeros artículos periodísticos y en algún poema que todos conocemos. Esa será la triple línea de este artículo.

1. La biografía

Basta con repasar las principales biografías del poeta para encontrar datos interesantes, en este terreno, y que apenas han sido comentados.

Miguel Pérez Ferrero nos informa, por ejemplo, de que la afición a los toros va unida al gusto por el teatro, en la etapa juvenil y bohemia de los dos hermanos, desde la última década del siglo. Escribe esto el biógrafo: «Las tardes de los días festivos, en primavera y otoño, el gentío de los toros hace su tumultuosa invasión. En el ruedo, tres ídolos se disputan los olés: Lagartijo, Guerrita y Espartero. Cada cual tiene sus incondicionales, y el ruedo está dividido entre los enemigos como para una gran batalla. Hasta el balcón de Manuel y Antonio llega el vocerío ensordecedor, que les produce una irrefrenable curiosidad. Poco tardan en ocupar sus asientos, en tomar partido,

* *Este artículo obtuvo el I Premio de la Unión Internacional de Federaciones Taurinas.*

en sumarse a las delirantes manifestaciones. El fuego de su juventud es capaz de encenderse por una bella rima igual que por un brillante volapié. Lo que ocurre es que la rima está en el fondo de sus corazones. Pero... ¿lo saben ellos? Sí, ya lo saben»[1].

Poco después, los hermanos Machado se hacen habituales del café de Fornos, por el que desfilan «artistas, periodistas, actores, *toreros de nombradía*, mozas garbosas de mantón alfombrao y buenas joyas, o pretenciosa bisutería, señoritos de rumbo...»[2] (La cursiva es mía).

Años más tarde, en los últimos de su vida, a la tertulia madrileña de Antonio Machado suele acudir José María de Cossío: «Cuando él llega, nunca deja de tocarse el tema de la poesía, ni queda sin mención el de los toros (...) Su amistad tiene tres predilecciones: los toreros, los futbolistas y los poetas. Hubo una época en que le dio por seguir a los matadores de fama en las temporadas taurinas, y a los grandes equipos de fútbol en la temporada de invierno. Siguió a Joselito, a Belmonte, a Sánchez Mejías y a los que vinieron tras ellos (...) Cossío, cuando llega a la tertulia de los Machado, suele remover la conversación general y trasplantar los temas a otros climas. Por entonces está trabajando en su obra, que Calpe le ha encomendado, *Los toros*, y se propone hacer lo posible por ofrecer algo vasto y completo, para cuya realización total prevé algunos años. Ha hecho acopio de una documentación fabulosa que traduce en fichas de las que van saliendo y saldrán los artículos que habrán de integrar los volúmenes de su libro»[3]. Raro sería que no participara Antonio en alguna conversación taurina, en aquella tertulia.

Volvamos a la etapa juvenil. En el año 1896, Manuel Machado ha sido enviado a estudiar a la Universidad de Sevilla. (Volverá a Madrid al año siguiente). Desde la capital le escribe Antonio, el día 30 de septiembre. Le da noticias teatrales, sobre representaciones del *Tenorio* y Ricardo Calvo, y estrenos de Guimerá, Echegaray y Feliú y Codina. A la vez, le comenta la actualidad taurina. De las frases de Antonio se deduce, indudablemente, que sigue las polémicas taurinas, conoce los secretos de la técnica y asiste a las plazas:

> A Miguel Pérez no le veo; sólo sé que se pasa la vida en Novedades gritando: «¡Vico solo!» Que ha escrito un artículo taurino dando bombo al Guerra y guerra al Bomba y a Reverte.
>
> Bombita ha hecho aquí, como me dices, una gran temporada, demostrando ser el primer matador de toros y no mal torero. Fue el héroe de la célebre corrida en que todos estuvieron admirables. ¡Qué dos volapiés más monumentales! No cabe más. Reverte, aunque no es tan matador, es, si cabe, más valiente que Bombita y hace prodigios de temeridad. Guerra demostró que es el número uno de los toreros, en la faena inteligentísima que hizo en su primer toro, y con la espada quedó muy bien. Pero el fenómeno fue Bombita...[4]

Notemos que, como cualquier aficionado de la época, Antonio se entusiasma por dos volapiés «monumentales».

[1] *Miguel Pérez Ferrero:* Vida de Antonio Machado y Manuel, *3ª. edición, Madrid, ed. Espasa-Calpe, col. Austral, 1973, pp. 34-35.*

[2] Ibídem, *p. 39.*

[3] Ibídem, *pp. 189-190.*

[4] Obras. Poesía y prosa, *ed. reunida por Aurora de Albornoz y Guillermo de Torre, Buenos Aires, ed. Losada, 1964, p. 895.*

[5] *Aurora de Albornoz:* La prehistoria de Antonio Machado, *eds. La Torre, Universidad de Puerto Rico, 1961.*

2. Los artículos de «La caricatura»

La diligencia de Aurora de Albornoz nos permitió, hace años, conocer *La prehistoria de Antonio Machado*[5]: una serie de artículos, publicados en la revista *La Caricatura.* Si repasamos esta colección, tan interesante, nos encontraremos nada menos que cuatro artículos en los que se trata el tema taurino. Los dos primeros van firmados por «Cabellera»: es decir, por Antonio. Los otros dos, por «Tablante de Ricamonte»: el seudónimo que usan para lo que escriben en colaboración los dos hermanos.

Curiosamente, Antonio recibe su bautismo literario con un artículo de tema taurino: *Algo de todo: afición taurina*[6]. Comienza con una reflexión válida para hoy mismo: a pesar de los que lamentan su decadencia, la fiesta atrae cada vez más a los madrileños: «Parece mentira que haya quien se atreva a afirmar seriamente que el arte taurino y la afición del público de Madrid a las fiestas de toros, se encuentra hoy en notable decadencia. Porque, no obstante las lamentaciones de los viejos aficionados, que sin cesar evocan aquellos tiempos, de *felice recordanza,* en que se *recibían* toros por docenas, y en que Montes, Cúchares y Chiclanero desempeñaban tan importante misión, ajustándose al Código secreto, cuyos preceptos son de todo punto inviolables, el número de corridas verificadas al año es cada vez mayor; los tendidos y gradas de las plazas de toros se encuentran de día en día más concurridos, y los verdaderos aficionados, los aficionados *enragés* siguen con inmenso interés la suerte de los espadas más notables, reciben telegramas notificando sus triunfos, y celebran banquetes en su honor».

Subrayo que esos nostálgicos aficionados echan de menos la época en que se mataba *recibiendo:* lo mismo que hará, años después, el protagonista de un poema de Machado. El artículo continúa con una sátira graciosa y amable, nada virulenta, de las charlas taurinas de café:

> Fácil será, a quien se lo proponga, encontrar, alrededor de una mesa de café reunida, un clásico aficionado que lleva en sus patillas blancas cincuenta años de toreo desde la grada de la plaza de Madrid...

Había participado Antonio Machado en esas tertulias y conocía bien la forma de hablar de los habituales tertulianos. Su texto, por eso, tiene un valor de época, documental:

> —Porque yo he visto, por mis propios ojos —exclama retorciéndose el bigote y frunciendo el entrecejo uno de los contertulios—, y aquí está Cortezo que no me dejará mentir, la faena empleada por el Chispero en su primer toro, consistente en dos pases naturales, dos pases de pecho y tres pases ayudados y un pase en redondo, y, con la res cuadrada, un volapié hasta la mano que hizo innecesaria la puntilla. ¿No es esto una brillante faena? ¿Qué más puede pedirse a un espada de cartel...? Para que vea usted, D. Matías, hasta dónde llega la depravación humana, y me diga si no es cosa de hacer una barbaridad. (Por supuesto, que lo mejor es reírse). *El Imparcial* y *El Liberal* califican la estocada de pescuecera, asómbrese usted, D. Atilano, ¡de pescuecera!

No es difícil encontrar en las reseñas de la época, incluso en los mismos periódicos citados por Machado, reseñas de faenas semejantes, mucho más breves que las actuales.

[6] La Caricatura, *año II, nº. 52, 16 de julio de 1893.*

Pasa ahora Machado a un tema eterno, entre los aficionados: la crítica de los críticos, con toda la pasión y la exageración que parecen inevitables al hablar de toros. La seriedad hiperbólica de los personajes que dialogan multiplica la comicidad de la escena costumbrista:

—¡Oh!— exclamó, animado por el efecto de su arenga. —A la sombra del genio crece la envidia, D. Atilano, pero el genio se impone, al fin y a la postre... Pero dígame usted qué es lo que haría con esos revisteros, vamos a ver.

—¿Yo? ¡Estrangularlos! ¡Estrangularlos de buena gana!— dijo atacando con furor una chuleta D. Atiliano Picaporte, tabernero enriquecido, de genio endemoniado, carrillos rojos y nariz color de remolacha.

—Como medida preventiva, ¿no es cierto, D. Atilano?

—Qué ganas tengo —añadió éste sin hacer caso a su interlocutor—, qué ganas tengo de retorcer el gañote a uno de esos, porque a mí tres cominos me importa el cartel de Madrid; yo siempre tengo cien duros para ir a ver torear a quien quiera, cuando me... (aquí una grosería muy gorda) y el que no lo tenga que se... (y aquí otra mayor). ¡Pues *pa* chasco!

Y volvió a la chuleta con ahinco, como si devorara carne de revistero venal.

—Lo cierto y positivo —exclamó un joven macilento, de barba rubia y ojos azules—, lo cierto y positivo es que la envidia y el interés rastrero han iniciado una campaña... una campaña... ¿Cómo lo calificaría yo? Una campaña inicua. ¿Me explico? Una campaña en contra de los sagrados cánones del toreo.

—¡Y de cuán funestas consecuencias!— exclama un caballero que aún no había desplegado los labios, considerando el asunto con aire de profunda tristeza—. ¡De cuán funestas consecuencias! ¡Oh!

—Y lo peor del caso es que el público no acude a los periódicos profesionales para leer juicios exactos y prosa castiza —añade un revistero de profesión.

Va haciéndose tarde y algunos contertulios se retiran, pero otros continúan la discusión hasta media noche. Alguna vez, felizmente, se produce el acontecimiento:

Cuando algún diestro, sea cual fuere su categoría, se agrega a la tertulia, se le agasaja espléndidamente y se le tributan honores de emperador.

La ponderación no debe sonarnos excesiva. Años después, Federico García Lorca dirá de Antoñito «el Camborio», en el contexto taurino de su *Romancero gitano*, que era «digno de una emperatriz».

Concluye el artículo con una rotunda afirmación de la vigencia social de la fiesta:

Conozco un entusiasta que, no obstante su calzado lustroso y bimba reluciente, ha solicitado de un famoso espada el puesto de mozo de estoques, con objeto de admirarlo de cerca, y quien sigue de ciudad en ciudad y de pueblo en pueblo acompañando en el ferrocarril a los diestros, y montado en un jaco, el coche que los conduce a la plaza. En suma, ser aficionado a los toros es ya ejercer una profesión.

Firma este artículo *A. Cabellera*, con una *A.* que ya no volverá a emplear el poeta. Lo he citado ampliamente porque posee un valor histórico evidente: por un lado, podemos considerarlo el primer texto literario publicado por Antonio Machado; por otro, nos da una imagen del poeta muy distinta de la habitual, es muy poco conocido y revela un conocimiento del ambiente taurino evidente. Salvando algunos detalles his-

tóricos, nos parece estar asistiendo a una tertulia taurina, hoy mismo, en cualquier bar de la calle de la Victoria o del Arenal sevillano.

En el siguiente artículo, *Por amor al arte*[7], nos presenta, en la línea tradicional del costumbrismo, a un *tipo* ridículo, Juan José Gómez, alias *Chancleta,* de vanidad tan desmesurada como la de tantos aspirantes a toreros:

Juan José Gómez, (a) *Chancleta,* uno de los más asiduos concurrentes a la tertulia al aire libre de la calle de Sevilla, va a torear en Pinto uno de estos días cuatro reses de la tierra, que cada una de ellas es un *catreal.*

Lo encontré en cierta ocasión en la puerta del café Inglés sumamente aburrido y un tanto preocupado.

Estaba apoyado en un recio bastón, apurando una colilla.

—¿Cómo va? —le dije.

—Bien malamente —me contestó, después de escupir por el colmillo—. Estaba considerando cuánto pillo y cuánto granuja hay en este mundo. Supóngase *usted* que un mequetrefe, un cualquiera , el revistero de *El Cascabel,* se atreve a tachar mi toreo de *incorrecto.* Vamos... hombre... que se le sube a uno la sangre a la cabeza... y... me callo por no decir una barbaridad... ¿Y por qué se figura *ustez* que es todo eso? Pues, porque yo no voy a pasar la mano por el lomo a *dingún* periodista... y porque tenga cara y vergüenza y *diznidad.* ¿Me entiende *ustez,* amigo? Y *aluego,* como *dinguno* de esos jambrones me han sacao un tanto *asín,* de guita, me tienen una tirria que no me pueden ver ni en pintura... ¡Decir que yo tengo *canguis* y no me acerco a la res! ¿Concibe *ustez* una iniquidad más grande?

—En efecto, eso es negar la luz del día —le contesté.

—¡Mayor calumnia!

—Pero usted no debe hacer caso.

—Pues, *¡pa chasco!*

—Seguir toreando, y...

—Le digo a *ustez,* que como yo coja a ese individuo por mi cuenta... de la *guantá* que lo doy no se encuentra la cara en cuatro meses... y crea *ustez* que no soy amigo de broncas, ni de líos, ni de pendencias.

Chancleta quedó un rato pensativo y silencioso; después añadió:

—*¿Ustez* me ha visto torear?

—No —le respondí.

—Pues figúrese *ustez* un torero con la capa de Rafael Molina, con el estoque de Frascuelo y el valor de Garibaldi. Mañana toreo en Pinto; vaya *ustez* a la plaza y verá lo que es guapeza y *agayas.*

La realidad deshace estas ingenuas baladronadas y el pobre *Chancleta* fracasa estrepitosamente, pero él se niega a admitirlo, al final del artículo:

Yo no he visto torear al bueno de *Chancleta,* ni pienso verlo en lo que me resta de vida; pero, por las noticias que había tenido y tuve después de la corrida anunciada, creo que jamás en ruedo alguno de Plaza de Toros se ha visto una calamidad más grande.

De las cuatro reses que había de estoquear el ínclito *Chancleta,* tres fueron al corral, y la única que mató, después de infinitos apuros, lo hizo de diez estocadas y no sé cuántos pinchazos. El diestro fue llevado a la presidencia, de allí a la enfermería y de ésta a la cárcel.

Mas no se arredró mi hombre por una derrota tan completa, o, al menos, no mostraba el menor indicio de ello.

Un día que volví a encontrarlo en el mismo sitio y en la misma actitud que la vez anterior, le dije:

—¿Cómo ha estado esa corrida, amigo *Chancleta?*

[7] La Caricatura, *año II, nº. 61, 17 de septiembre de 1893.*

—Tal cual —me contestó rascándose la cabeza y afectando una gran indiferencia.
—Me han dicho —añadí— que por poco lo llevan a la cárcel.
—Por poco me llevan a presidio —me contestó—. Vea *ustez* las consecuencias de trabajar para un público *dimorante*.

En el siguiente artículo, ya de los dos hermanos[8], un pobre picador es contratado por un empresario, que le pagará un duro por cada costalada:

—¡Duro!, me decía el público, cada vez que me veía cerca del toro; y, pensando en las cinco pesetas, me iba a la res a que me *escacharrara* contra las tablas. ¡Duro! ¡Duro! ¡Duro! —seguía gritando la gente y... *camará*, treinta y siete *talegás* que llevé una tarde.
—Vamos, ¿ganaste treinta y siete duros? —le dijo su amigo.
—Todas fueron de gratis, porque el grandísimo ladrón del empresario me quedó a deber los treinta y siete batacazos.
—¡Pues te caíste de veras!
—Y para no levantarme más.

El cuarto y último artículo de este tema incluye una sección más doctrinal, titulada, al modo clásico, *Pan y toros*[9]:

¿Hay corrida?, pues a la plaza, aunque tengamos que empeñar el colchón, vender la Biblia o quedarnos en mangas de camisa. La cuestión es ir a los toros; a los novillos, si llega el caso, o a los becerros, a falta de toros y novillos.

Retratan luego al auténtico aficionado, tentado siempre por la práctica taurina:

Los aficionados de pura sangre, los que envidian las glorias de Montes y tienen a la cabecera de su cama, en vez de un Cristo, un par de banderillas puestas en la pared y unos cuantos números de *Toreo Cómico* pegados a la misma, esos aficionados que todos conocemos con el nombre de *capitalistas*, no se contentan con el revolcón, el achuchón o la conmoción cerebral con que les brinda Bartolo en nuestra plaza, como fin de fiesta los domingos, necesitan diariamente dar gusto a su natural instinto, y los días de entre semana —que son los más del año— o torean en su propio domicilio o abandonan cada cual sus ordinarias tareas, para dedicarse a las finas labores de Cayetano en algún pueblo inmediato a la Corte.

Concretan todo esto los hermanos Machado con un ejemplo: imaginan a un pintoresco aspirante a matador de toros que «se divierte algunas tardes en pasar de muleta a su suegra, que es, según él afirma, una res chorreada en berrugas, bizca del izquierdo, manirrota, vinatera y mal puesta». La conclusión es rotunda: aunque sucedan a veces tragedias que ningún aficionado desea, a pesar de todos los que opinan que es una fiesta salvaje o en decadencia, el domingo volveremos a la plaza...

3. «Este hombre del casino provinciano...»

Cualquier lector de Antonio Machado recuerda, sin duda, el comienzo de este poema:

Este hombre del casino provinciano
que vio a Carancha recibir un día,

[8] *«La Semana III: Las verbenas.—Empresarios, cómicos y toreros.—Los ingleses.—La política», en* La Caricatura, *año II, nº. 56, 13 de agosto de 1893.*

[9] *«La Semana V: Dios nos coja confesados.—Pan y toros.—A mis compañeros.—Última hora», en* La Caricatura, *año II, nº. 58, 27 de agosto de 1893.*

tiene mustia la tez, el pelo cano,
ojos velados por melancolía;
bajo el bigote gris, labios de hastío,
y una triste expresión, que no es tristeza,
sino algo más y menos: el vacío
del mundo en la oquedad de su cabeza.

Son los versos iniciales del poema número CXXXI de *Campos de Castilla*, «Del pasado efímero». Se publicó en *El porvenir castellano*, de Soria, el 6 de marzo de 1913, con este título: «Hombres de España. (Del pasado superfluo)». Debió de ser uno de los primeros poemas que escribió don Antonio en Baeza. El sarcástico retrato del señorito andaluz sirve, obviamente, de símbolo de la «España vieja», cuya desaparición desea el poeta.

No hace falta insistir en lo que veía Antonio Machado en Baeza. Así se lo cuenta a Unamuno, en una carta:

...apenas sabe leer un treinta por ciento de la población. No hay más que una librería donde se venden tarjetas postales, devocionarios y periódicos clericales y pornográficos. Es la comarca más rica de Jaén y la ciudad está poblada de mendigos y de señoritos arruinados en la ruleta. La profesión de jugador de monte se considera muy honrosa. Es infinitamente más levítica [que Soria] y no hay un átomo de religiosidad... Una población encanallada por la Iglesia y completamente huera. Por lo demás, el hombre del campo trabaja y sufre resignado[10].

Volvamos al poema. No faltan en la obra de Machado ejemplos paralelos. Recordemos sólo los dos más conocidos. El protagonista del «Llanto de las virtudes y coplas por la muerte de don Guido» se lleva al otro mundo su amor

a la sangre de los toros
y al humo de los altares.

El poema paralelo a éste, «El mañana efímero», comienza con la evocación de

la España de charanga y pandereta,
cerrado y sacristía,
devota de Frascuelo y de María...

Nos hemos de fijar en el primer rasgo que da Antonio Machado para caracterizar a este señorito andaluz: «que vio a *Carancha* recibir un día...» El editor de Machado, Oreste Macrí, señaló el paralelismo de este poema con uno de Unamuno, fechado en 1916. Allí se encuentra un rasgo muy semejante: «El hombre del chorizo» es «el que adora en Belmonte... sólo piensa... comprar en la taquilla del coso....»[11].

Bernard Sesé comenta así el verso que nos ocupa:

El primer título de gloria de este héroe es haber presenciado las famosas estocadas de Carancha, que había inaugurado una manera insólita de matar toros. Señalemos, de paso, que la actitud de Machado ante la tauromaquia está más próxima a la de un Jovellanos, un Cadalso o un Larra que a la de un García Lorca o un Alberti, por ejemplo[12].

[10] Obras. Poesía y prosa, *ed. citada en nota 4, p. 914.*

[11] *Oreste Macrí:* Poesie di Antonio Machado, *3ª. edición, Milano, Lerici Ed., 1969, p. 1.197.*

[12] *Bernard Sesé:* Antonio Machado (1875-1939), *Madrid, Gredos, col. Biblioteca Románica Hispánica 1980, p. 295.*

Con todo respeto para el gran estudioso machadiano, cabría puntualizar un poco más, en tres direcciones: cuál fue la actitud de Antonio Machado ante la tauromaquia, en qué consiste esa «manera insólita de matar toros» y cuál fue, concretamente, ese día en que *Carancha* logró realizar la suerte.

Adelanto mi conclusión: no se trata de un rasgo genérico, inventado, sino de una efemérides concreta, que he podido localizar con exactitud. Lo famosa que fue, en su momento, justifica que Machado la incluyera como primer rasgo característico en su poema.

a) La suerte de recibir

El hombre del casino provinciano «vio a Carancha recibir un día». ¿En qué consiste esta suerte? Cualquier aficionado lo sabe: nada menos que en la forma primera de matar los toros, según las reglas clásicas de la lidia, que fue sustituida, luego, por otra de menor exposición, la del *volapié* o *vuelapiés.*

No hace falta repetir aquí lo conocido de sobra, pero sí de enmarcarla históricamente, en relación con la fecha del poema. La define así, con toda concisión, Sánchez de Neira, en la primera edición de su clásico tratado *El toreo,* en 1886: «Recibir es la suerte de matar toros frente a frente y a pie quieto hasta después de meter el brazo». Parece ser que la practicaron todos los toreros del siglo XVIII, pero que fue el gran Pedro Romero quien primero se preocupó por el rigor de la ejecución.

Esta es la definición que da *Pepe-Hillo,* en su *Tauromaquia:* «En la suerte de muerte, debe el diestro situarse a la derecha del toro, casi enfrente, con la muleta baja y recogida, a medida que fuese necesario, y el estoque en la mano derecha; pero le tendrá como reservado hasta el preciso tiempo en que, embistiendo este último a la muleta, le dé la estocada en el acto de querer verificar la cabezada, haciendo un quiebro de muleta para su mayor seguridad y dirección». Como medio de defensa, *Pepe-Hillo* acepta que el diestro no se perfile en el centro de la suerte.

El otro gran tratadista clásico, Francisco Montes, por el contrario, censura esta licencia:

> Se situará el matador, después de haberlo pasado las veces que le haya parecido, en la rectitud del toro, a la distancia que le indiquen las piernas de él, con el brazo de la espada hacia el terreno de afuera, el cuerpo perfilado igualmente a dicho terreno, y la mano de la espada delante del medio del pecho, formando el brazo y la espada una misma línea, para dar más fuerza a la estocada, por lo cual el toro estará alto y la punta de la espada mirando rectamente al sitio en que se quiere clavar.
>
> El brazo de la muleta, después de haberla cogido un poco sobre el palo en el extremo por donde está asido (...) se pondrá del mismo modo que dijimos para el pase de pecho, en la cual situación, airosísima por sí, cita al toro para el lance fatal, lo deja llegar por su terreno a jurisdicción y, sin mover los pies, luego que está bien humillado, meterá el brazo de la espada que hasta este tiempo estuvo reservado, con lo cual marca la estocada dentro, y a favor del quiebro de muleta se halla fuera cuando el toro tira la cabezada.

No hace falta ser un gran entendido para comprender la dificultad y el grave riesgo que entrañaba esta forma de matar. Por eso, fue siendo sustituida por otras, menos peligrosas. Lo resume así José María de Cossío: «Hacia 1875, es decir, cuando la suerte va cayendo en desuso, en la prensa profesional irrumpió la discusión sobre las condiciones en que había de verificarse para poder ostentar con ortodoxia irreprochable el nombre de suerte de recibir»[13]. Esta es, justamente, la época en la que se va a producir la gesta recordada por Antonio Machado.

b) Lagartijo, Frascuelo y Cara-Ancha

El ridículo *Chancleta* que imaginó Antonio Machado presumía de tener la capa de *Lagartijo* y el estoque de *Frascuelo.* A la época de estos dos colosos pertenece el *Cara-Ancha* recordado en el poema. Para entenderlo adecuadamente, será imprescindible recordar algunos datos biográficos de los tres toreros.

José Sánchez del Campo, *Cara-Ancha,* había nacido en Algeciras, en 1848. Tomó la alternativa en 1874, a los 26 años. Se retiró en 1894, a los 46. Murió en 1925, a los 77. Por lo tanto, todavía estaba vivo cuando recordaba su hazaña el personaje machadiano.

Su apodo responde a una peculiaridad, evidente en las fotografías que de él se conservan y en los grabados de Daniel Perea. Por lo tanto, debe escribirse en dos palabras, separadas por un guión, y no en una sola, como leemos en las ediciones de Antonio Machado, incluida hasta la reciente edición crítica de Oreste Macrí[14].

A *Cara Ancha* le tocó una época muy dura del toreo, la de la competencia de dos «monstruos», *Lagartijo* y *Frascuelo*[15]. En su rivalidad, llegaron los dos a extremos de temeridad como el que nos relata Peña y Goñi: *Frascuelo,* en un quite, quedó de rodillas, y *Lagartijo* lo hizo en otro, quedando de espaldas, con la rodilla en tierra y muy en corto. Declarada la guerra entre ambos matadores, los dos se tendieron en el suelo, a poca distancia del cornúpeta, y el señor presidente les amonestó para que se ajustaran a la lidia tal como lo recomienda el arte.

Al comienzo de su carrera, *Lagartijo* realizaba la suerte suprema con tanta valentía, que hizo decir al *Tato:* «Parece que mete el estoque en manteca de Flandes ese chiquillo, según lo que lo hunde». Con el paso de los años, la lógica prudencia se fue imponiendo. Así retrata irónicamente sus precauciones la revista sevillana *El Loro,* en 1885:

Rafael ha descubierto
una manera de herir
que no la comprende nadie
ni es fácil de definir.

Cuando el toro está cuadrado,
no se pone de perfil,
no se tira por derecho,
y, sin embargo, está el *chic*
en que deja la estocada
en lo alto y hasta allí.

[13] *José María de Cossío:* Los toros. Tratado técnico e histórico, *tomo III, Madrid, ed. Espasa-Calpe, 1952, p. 985. Tomo los testimonios que aporta en su sección «Suerte de recibir».*

[14] *Antonio Machado:* I: Poesías Completas, *edición crítica de Oreste Macrí, con la colaboración de Gaetano Chiappini, ed. Espasa-Calpe y Fundación Antonio Machado, 1989.*

[15] *Salvo indicación en contra, tomo los testimonios sobre los toreros de los tomos de Cossío y de Daniel Tapia:* Breve historia del toreo, *México, ed. México, 1947.*

¡Olé por los matadores
que están libres sin lucir!
¡Guárdeme usted la receta
que la quiero para mí!

Con estos antecedentes, no es de extrañar que *Lagartijo* no practicara la suerte de recibir. *Cara-Ancha* intentó ser el rival de *Lagartijo:* «Este sentía una inexplicable antipatía por el torero de Algeciras, y una tarde en que toreaban *Cara-Ancha* y José Lara *(Chicorro),* dijo al último el genial cordobés, en voz lo suficientemente alta para que pudiera oírla el algecireño: *Anda y trabaja descuidao, que ése no trae ná*».

En cuanto a *Frascuelo,* representa en la historia de la tauromaquía, según Cossío, «el valor ostentoso y desgarrado... un amor propio realmente heroico. Una vez, estaba tratando de descabellar al quinto toro cuando el sexto rompió la puerta del toril y apareció en el ruedo. Sin inmutarse, *Frascuelo* lo citó, le esperó, le administró una metisaca que le hizo rodar instantáneamente y, con toda tranquilidad, volvió a descabellar al otro toro».

Su arrojo se manifestaba de modo especial, por supuesto, a la hora de matar. Según un crítico de la época, «al formar la puntería para dar la estocada, ponía un gesto tan duro, arrugando el entrecejo, que bien se conocía su decisión de matar o morir con honra».

Sin embargo, el valor no le bastó para dominar la suerte de recibir. Paradójicamente, el colocarse demasiado cerca del toro le impedía realizarla conforme a los cánones. Así lo evoca F. Bleu:

> Cuanto se insista acerca de distancias inverosímiles, por lo cortas, y de liar desde la misma cara, resulta pálido ante aquella realidad. En el momento de disponerse a entrar a matar, o de desafiar para recibir, la punta del estoque de Salvador estaba entre los dos pitones y a muy pocos centímetros del testuz. Esta circunstancia, que facilitaba las estocadas de *irse al toro,* entorpecía en cierto modo la realización de la suerte de recibir. Por mucho que recogiese la muleta en el extremo del palo, y por admirablemente que humillase a los toros con aquel formidable *cruce de salida,* soberano argumento contra los que le negaban mano izquierda, el viaje y la salida del toro eran muy violentos, y a veces no podía resistir quieto en el encontronazo[16].

En su competencia con dos grandes figuras, que le aventajaban en tantas cosas, ¿qué baza le quedaba al pobre *Cara-Ancha?* Evidentemente, la suerte de matar, la más apreciada entonces; en concreto, practicar la suerte de recibir, que *Lagartijo* no realizaba, y *Frascuelo,* sólo de modo deficiente. Durante mucho tiempo, *Cara-Ancha.* Encontró graves dificultades para ejecutar correctamente esta suerte. Los sucesivos intentos culminaron, por fin, una tarde madrileña, el 19 de junio de 1881, ante el toro *Calceto,* de la ganadería de Aleas: ésa fue la cumbre más gloriosa de toda su vida taurina. Así lo cuenta el propio diestro, en carta a un amigo, que reproduce José María de Cossío:

> Yo había conseguido todos mis deseos. Fui banderillero, fui matador, tuve cartel; toreando con aquella gente, con *aquéllos,* ya me entiende usted, me había hecho un

[16] *F. Bleu:* Antes y después del Guerra. (Medio siglo de toreo), *prólogo de Ignacio Aguirre Borrel, Madrid, ed. Espasa-Calpe, col. Selecciones Austral, 1983, p. 109.*

puesto... pero yo quería más, algo que sobresaliera, que no hicieran ellos; algo que me diese personalidad, que fuese mío. Rafael no recibía. Salvador lo hacía muy imperfectamente, aunque con un valor asombroso, como el derrochado en todo cuanto realizaba (...)

Estudié la suerte, la ensayé de salón... ¡Si usted me hubiese visto en los cuartos de las fondas, ante los espejos de los armarios de luna! ¡Era cosa graciosa! Parecía un loco. La había ensayado antes en las plazas, pero no a mi gusto. Yo sentía la suerte que llaman *suprema*, la quería ejecutar, no sabía hacerla. En Madrid, en ese Madrid que yo he querido tanto, cada vez que iba a la plaza en esa temporada de 1881 iba resuelto a recibir un toro. Tanteé muchos que estaban suaves, que acudían bien, pero... en el momento de cuadrárseme, irresistiblemente me arrancaba al volapié... Y luego salía de mal humor de la plaza, por mucho que me hubiesen aplaudido... Mi ilusición no se realizaba.

Y, un día, me salió un toro de Aleas, grande y bravo, que me tomó bien la muleta, y sentí un escalofrío, comprendí que *la suerte* estaba allí: le metí el pie y le pinché en hueso. El encontronazo fue tremendo, pero le vacié bien y no perdí terreno. Me enardecieron las palmas, siguió el toro tomando bien la muleta y, al cuadrárseme de nuevo, le metí el pie otra vez, fijo nada más que en la mano izquierda; cuando vi la cabeza en la muleta, doblé la mano, pasó el toro y sentí la mano derecha en el morrillo y el aplauso del público. No me moví del sitio, giré sobre los talones y vi que el toro llevaba el estoque en la cruz y hasta las cintas. Cuando el toro aquél caía, un momento después, pareció que me descargaban de un peso. Y era que, lo que yo había soñado, gracias a Dios, pude hacerlo. Al tomar el coche para volver a casa, terminada la corrida, no iba de mal humor, como las otras tardes, sino muy contento. Lo que pasó después, aquel año, ya lo sabe usted. Practiqué la suerte siempre que pude: unas veces bien, otras mal, otras cogido y herido, pero ya con fe, con entusiasmo y sin vacilaciones.

IV. Conclusión

La conclusión de todo esto es muy clara: la hazaña de *Cara-Ancha* tuvo amplia repercusión en toda España, y su recuerdo llegó a ser proverbial, entre los taurinos. No es nada raro que un aficionado recordara ese día, años después, ni que hablara de él, una y otra vez, en las largas veladas de un casino de provincias. Hacerlo así no tiene, en principio, mayor trascendencia. Tampoco tiene nada de malo, salvo la pérdida de tiempo, pero eso es lo que más abunda en las tertulias.

No era ajeno Antonio Machado al mundo taurino, como tantas veces se ha creído. El hecho de recordar la hazaña de *Cara-Ancha* lo demuestra, una vez más. Como en tantas cosas, Antonio y Manuel estuvieron, siempre, profundamente unidos, hasta la muerte.

El talento satírico de Antonio Machado se manifiesta al utilizar ese dato como *el primer rasgo de la personalidad de alguien*, dando a entender que eso es *lo único importante que ha hecho, en su vida:* participar, como espectador, en la tarde afortunada de un torero... ¿Cabe mayor acierto, para definir una existencia enteramente vacía?

Los críticos de Antonio Machado, incluso los mejores, no habían podido entender plenamente esta alusión: no son aficionados a los toros... Uniendo el fervor por Machado y por los toros, hemos podido comprender mejor a qué se refería el poeta:

algo perfectamente encajado en su momento histórico y que él, asiduo a las tertulias taurinas, habría oído comentar, sin duda, más de una vez.

A la vez, los aficionados a los toros han tenido que soportar el sambenito habitual de que Antonio Machado era contrario a la fiesta. Un conocimiento un poco más especializado de la biografía del poeta y de sus primeras colaboraciones periodísticas nos ha permitido comprobar que eso no es cierto.

Quizá pueda ahora añadir una opinión personal y discutible: incluso en el poema que he comentado detenidamente, no existe, en contra de lo que parece, ninguna animosidad especial contra la fiesta de los toros. Lo que se ridiculiza, con un ejemplo taurino muy bien escogido, es la estrechez mental de un personaje, que reduce a un recuerdo taurino todas sus perspectivas vitales. No es, ni mucho menos, lo mismo.

Años después, por boca de su *alter-ego*, dirá Antonio Machado una de las frases más sagaces que se han escrito sobre la tauromaquia. Frente a los que la banalizan, reduciéndola a puro espectáculo, que realizan unos profesionales, movidos solamente por el dinero, el sabio y paradójico Mairena apunta mucho más alto y da de lleno en la diana:

> Las corridas son esencialmente un sacrificio. Con el toro no se juega, puesto que se le mata, sin utilidad aparente, como si dijéramos de un modo religioso, en holocausto a un dios desconocido[17].

Son palabras que anticipan estudios importantes y que deberían conocer, por lo menos, muchos detractores superficiales. No cabía esperar otra cosa del hijo de D. Antonio Machado y Alvarez, «Demófilo», el gran estudioso y enamorado de la poesía popular; del hermano de Manuel, brillantísimo cantor de la belleza plástica de la fiesta; de un poeta, en fin, de enorme sensibilidad, que se asomó por primera vez al mundo literario describiendo, con irónica ternura, *la afición taurina*. Una vez más, hemos podido comprobar cómo han ido unidos, indisolublemente, toros y cultura.

Andrés Amorós

[17] *Véase: Rosario Cambria:* Los toros: tema polémico en el ensayo español del siglo XX, *Madrid, ed. Gredos, col. Biblioteca Románica Hispánica, 1974.*